

JUAN CARLOS Y TARANCÓN, LA TRANSICIÓN A DÚO

Expertos revelan cómo el Rey y el entonces presidente de la Conferencia Episcopal y su secretario trabajaron para lograr que la unidad se hiciera paso frente a las heridas del pasado

Por Rubén Cruz

Aperturista. Ése es quizá uno de los rangos más distintivos de Vicente Enrique y Tarancón, ex cardenal y arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal en un episodio crucial. Don Juan Carlos impulsó la Transición con el respaldo del Episcopado español, abandonado por Tarancón. El cardenal siempre tuvo claro que «debemos formular la promesa de borrar todo cuanto pueda separarnos y dividirnos». Así lo hizo saber sobre la tumba de Francisco Franco el día de su entierro. Contó siempre con el apoyo de Pablo VI, quien lo nombrara cardenal en 1969. Don Juan Carlos siempre contó con su apoyo. Ambos formarían un tandem no siempre valorado.

En la Iglesia de San Jerónimo el Real en Madrid, el 27 de noviembre de 1975, durante la misa de consagración de la Corona, era palpable la sintonía entre ambos. El purpurado le lanzó al Rey una petición: «Pido que seáis el Rey de todos los españoles, de todos los que se sienten hijos de la Madre Patria, de todos cuantos desean convivir, sin privilegios ni distinciones, en el mutuo respeto y amor». «Los planes del Rey obtuvieron un aval de inestimable valor con las palabras del cardenal», comenta Rafael Escobedo Romero, profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Navarra. La Iglesia española se había comprometido a fondo con la democracia. Aunque, «en la Conferencia Episcopal había obispos que no querían colaborar con la Transición. En concreto, 6 de los casi 80 que la formaban. Era un pequeño núcleo en contra, pero Tarancón siempre tuvo un papel conciliador que se

tradujo en el éxito de la Transición», afirma José Peña, director del Instituto de Humanidades Ángel Ayala de la Universidad CEU San Pablo y catedrático emérito de Derecho Constitucional.

«El Episcopado defendió un régimen político pluralista en el que se asumiese con naturalidad el conflicto social, como único modo de encauzarlo de forma pacífica y justa», explica Escobedo. La opinión de Tarancón con respecto a las elecciones generales de 1977 era cristalina. Para él, lo importante era que la gente votara en conciencia. Así, negó la creación de un partido político católico. «De acuerdo con una comprensión profunda del mensaje conciliar, no cabía identificar el Evangelio con ningún programa político concreto, porque ningún sistema ni partido puede abarcar la plenitud del cristianismo, ni imponer en nombre de Dios o del Evangelio una determinada ideología», manifiesta Escobedo.

«Tenemos que ser neutrales políticamente, no podemos cometer el mismo error que la Iglesia portuguesa. No podemos aliarnos con ninguna fuerza política, tenemos que ser neutrales políticamente. Necesitamos una visión de Estado que evite que triunfen los movimientos extremistas», dijo Tarancón en una reunión mantenida en el Palacio Episcopal de Madrid con jóvenes católicos. Lo recuerda Peña. Él tuvo la oportunidad de escuchar ese día a Tarancón. «El cardenal fue una figura fundamental de la Transición. Se dio el caso de una coincidencia de intereses: la Iglesia quería estabilidad política y el Rey también», indicó Peña.

«Tarancón fue un apoyo fuerte para el Rey en aras de conseguir la democracia, aunque no fue fácil. Hubo grupos que pensaban que ése no debía ser el papel



Momento de la misa de la coronación del Rey Juan Carlos

«¡Os ha salido una homilía cojonuda!»

Vicente Enrique y Tarancón olvidó sus gafas el día de la homilía de coronación del Rey Juan Carlos. Era un día muy importante, y no se le dio muy mal, puesto que el Rey le dijo a Martín Patino: «¡Os ha salido una homilía cojonuda!». Sus palabras certificaban el nacimiento de una nueva época, de una nueva relación que comenzaba entre la Iglesia y el Estado. Tarancón era un gran escritor. La homilía que leyó aquel 27 de noviembre de 1975 ha pasado a la historia como su gran texto. Un folio escrito a dos caras por Tarancón, que pasó por muchas manos. Martín Patino buscó a los mejores ayudantes para redactarla. No era sencillo. Había que anunciar una nueva Iglesia enmarcada bajo un Estado aconfesional. «La fe cristiana no es una ideología política ni puede ser identificada con ninguna de ellas, dado que ningún sistema social o político puede agotar toda la riqueza del Evangelio, ni pertenece a la misión de la Iglesia presentar opciones o soluciones concretas de Gobierno». Adiós al nacionalcatolicismo.

del cardenal. Sin embargo, esta actitud es la que han seguido después los demás obispos», detalla a LA RAZÓN Carlos Amigo, cardenal arzobispo emérito de Sevilla. Cuando se habla del papel de la Iglesia católica en esta etapa no se puede dejar de nombrar a José María Martín Patino, secretario personal de Tarancón. «Él fue uno de los interlocutores entre el Rey y el arzobispo de Madrid», indica Amigo. Pero «ciertamente, también colaboraron con él muchos obispos y sacerdotes de los que apenas se habla», afirma Vicente Cárcel Ortí, historiador y sacerdote valenciano. Y es que la relación entre la Iglesia y el Jefe del Estado era fluida. Sin embargo, Tarancón creyó firmemente en la separación Iglesia-Estado. Una convicción que no suscitó demasiadas alabanzas. «Nunca se le ha

reconocido su labor. Fue un hombre de Iglesia y buscó el bien de la misma. Algunos interpretaron muy mal muchas de sus actuaciones, incluso hubo grupos muy enfrentados con él. El tiempo demostró que su actitud es la que tenía que ser», recaló Amigo.

Si la Iglesia le agradece algo a Don Juan Carlos es su renuncia al privilegio de supervisar el nombramiento de los obispos. Pablo VI se lo había solicitado en numerosas ocasiones a Franco, pero éste no cedió. «Se trata de un privilegio que la Corona española tenía desde el papado de Alejandro VI. Por primera vez un monarca en España anuncia al Vaticano que renuncia a este derecho. Y el Vaticano, como muestra de agradecimiento al Rey, respaldó la Transición española», señala Peña. Así, añade que «Tarancón tiene mucho que ver en esa decisión del Rey». Por su parte, el cardenal Amigo considera que «es un gesto muy generoso por parte del Rey. Además, es que se trataba de un privilegio obsoleto».

Esta decisión del Rey facilitó el camino hacia unos acuerdos entre la Iglesia y España, que se materializaron en el Concordato de 1979. «La realidad es que hemos tenido siempre unas relaciones muy buenas Iglesia-Monarquía. Ha habido tensiones con algunos gobiernos, pero

El experto

PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES
DOCTOR EN HISTORIA CONTEMPORÁNEA Y AUTOR DEL LIBRO «EL REY,
LA IGLESIA Y LA TRANSICIÓN»



Resulta imposible entender el éxito de nuestra Transición sin tener en cuenta la decisiva aportación de la Iglesia a la construcción de la democracia en España. Y, dentro de esta aportación, el liderazgo indiscutible de Don Vicente Enrique y Tarancón, cardenal-arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal española durante aquellos años decisivos. Ahora que hemos conocido la decisión de abdicar de Don Juan Carlos, debemos recordar que el padre del futuro Felipe VI era, en el momento de morir Franco, una figura políticamente débil. Débil porque, mientras para la clase política del franquismo era el hijo de Don Juan (el

principal enemigo del general Franco), para la oposición democrática no era más que una mera criatura del Caudillo. De ahí que Santiago Carrillo, líder comunista, le llamara públicamente «Juan Carlos el Breve». Pero la realidad es que esa supuesta brevedad se ha convertido en un fructífero reinado de casi cuarenta años.

El cardenal Tarancón era sabedor de esta debilidad y por ello se apresuró a mostrar su apoyo público a Don Juan Carlos con aquella célebre homilía pronunciada en la iglesia de San Jerónimo el Real (noviembre de 1975) en la que le pidió que fuera «el Rey de todos los españoles». El Monarca le agradecería este gesto en un momento vital para el nuevo Jefe del Estado y le correspondería siete meses después (28 de julio de 1976) con la renuncia al privilegio de presentación de obispos, respondiendo así a la exigencia del Concilio Vaticano II de que la Iglesia recuperara por completo la libertad para nombrar obispos

en aras de reafirmar su independencia. Un gesto decisivo que permitiría desbloquear unas relaciones Iglesia-Estado que, en el momento de morir el general Franco, se encontraban literalmente bloqueadas.

A partir de aquí, los gestos mutuos se irían sucediendo y pondrían de manifiesto la enorme sintonía personal entre el Rey Don Juan Carlos y el cardenal Tarancón. Entre ellos cabe destacar la histórica visita del Monarca español a Pablo VI (febrero de 1977), un privilegio que el general Franco nunca recibió (ni fue recibido en audiencia por el Papa ni ningún pontífice pisó suelo español mientras Franco fue el Jefe del Estado español). Todo este entendimiento entre Don Juan Carlos y Tarancón, y también entre Suárez y el líder de la Iglesia española, acabaría fructificando en los acuerdos de 1976-1979, que ponían fin al obsoleto Concordato de 1953 y abrían el camino a la separación Iglesia-Estado en España.